

Videoactivismo y movimientos sociales. Teoría y praxis de las multitudes conectadas.

Compiladores: Francisco Sierra y David Montero

Editorial: Gedisa. Barcelona, España

Año: 2015

Páginas: 382

ISBN: 978-84-16572-24-3

El 1º de enero 1994 nos regala a nivel global las imágenes del levantamiento de las comunidades zapatistas en Chiapas (México). El uso estratégico de las cámaras de vídeo y de las primeras redes digitales del grupo guerrillero mexicano EZLN permitió evitar la represión armada por parte del ejército. En el mismo año el colectivo inglés *Undercurrents* establecía que en las manos de un videoactivista, una cámara de vídeo puede funcionar como disuasorio contra la violencia de la policía, un sistema de monitoreo por vídeo puede influenciar la agenda política, un proyector de vídeo puede generar conciencia colectiva. Pero es solamente pocos años después, en 1999 en Seattle, con el avance de la convergencia tecnológica, es decir, con la hibridación de todos los medios que conocemos (televisión, radio, teléfono, internet, satélite) en un solo medio, en una plataforma, la digital, y la difusión masiva de tecnologías a bajo costo, que el videoactivismo emerge del nicho reservado a los técnicos especialistas y/o activistas, para difundirse entre la gente común y corriente. De esta forma, las tecnologías digitales permitieron fortalecer el vínculo entre videoactivismo y acción política, potenciando los procesos de apropiación de los medios de comunicación por parte de los ciudadanos y el discurso audiovisual desde una óptica de cambio social y resistencia.

A lo largo de estas décadas hemos visto que las prácticas de videoactivismo no se han limitado a arrojar luz sobre los procesos hegemónicos, más bien han comenzado a erosionar las visiones que emergen desde el sistema mediático dominante demostrando la capacidad de definir una agenda política, formas de resistencia y subversión, y construir sentido de identidad. Al mismo tiempo, a través de una típica práctica contrainsurgente, se han fomentado los discursos

tecnó-optimistas y celebratorios que presentaban el vídeo y el uso de la tecnología digital como catalizador de procesos de cambio, alimentado el mito de las *democracias YouTube* y las estructuras audiovisuales de represión y vigilancia. El resultado es que la mayoría de los ya de por sí pocos estudios sobre la relación entre vídeo, discurso audiovisual y acción colectiva resultan motivadas por intereses económicos y tecnológicos, y se transforman en muestreos de mercado y pruebas de marketing de nuevos productos tecnológicos. Investigaciones cuyas principales tesis es que a más tecnología corresponde más democracia (léase mercado y control social).

El libro coordinado por Francisco Sierra y David Montero tiene el enorme mérito de tomar distancia con respecto a los discursos cargados de determinismo tecnológico de los tecnó-demócratas y situarse entre los aún escasos análisis de corte sociocrítico sobre las nuevas dinámicas de producción y consumo audiovisual vinculados a la acción colectiva. El libro en su conjunto propone establecer tipologías y sistematizaciones que nos permiten comprender y estudiar la práctica del vídeo en relación con los procesos de activismo político, las formas de construcción a través del vídeo de nuevos imaginarios sociales, la emergencia de nuevas fórmulas colectivas de producción y distribución, y el impacto del vídeo en las prácticas de participación ciudadana. Si entendemos la tecnología, tal y como lo plantea Jesús Martín-Barbero, como un escenario fundamental y dinámico de significación y negociación de saberes y discursos, entonces la tecnología, la técnica y el vídeo no son solo instrumentos, son también formas de construir y expresar propuestas de vida alternativas.

Para explorar estos puntos el libro se compone de tres secciones bien articuladas entre ellas aunque bastante distintas. La primera sección se propone como un verdadero marco teórico e histórico de interpretación del videoactivismo. Los autores de este apartado tejen los hilos para analizar la relación entre vídeo, acción colectiva y cambio social. Principalmente se destaca que el vídeo, cómo práctica política, más que producir una información independiente construye subjetividades políticas. Por lo tanto investigar el fenómeno de videoactivismo significa analizar los modelos y las metáforas de hacer sociedad. El vídeo participativo, radical, de guerrilla, de agitación y comunitario –independientemente de su adjetivo– se convierte en el papel tornasol de las relaciones sociales y democráticas, y el laboratorio en el cual los diferentes componentes sociales demuestran las propias capacidades para hacer sociedad y hacer política fuera de los marcos hegemónicos.

La segunda sección del volumen se presenta como una verdadera caja de herramientas para analizar la relación entre videoactivismo, protesta ciudadana y acción política. Los diferentes casos analizados –desde España, México, Marruecos y Egipto, entre otros– destacan que para analizar la práctica del videoactivismo significa, ante todo, salir de un enfoque tecnocéntrico y enfocarnos en los procesos de apropiación de los medios, de las imágenes y las relaciones que se dan entre el producto audiovisual y sus protagonistas. Los textos

presentes en esta sección analizan las diferentes formas de hacer/deshacer hibridación tecnológica, cultural y social, destacándose los patrones comunes de la práctica videoactivista tanto en sus coincidencias como en sus puntos de fricción, sus alcances y limitaciones.

Los capítulos de la última sección se centran en analizar el discurso audiovisual y las formas creativas de producción y difusión del texto-imagen de autoría colectiva. Las experiencias relatadas en esta sección destacan los mecanismos y las opciones que se han llevado a cabo para liberar el producto audiovisual de la autoría individual, del derecho de autor y de las garras del llamado capitalismo cognitivo. Los casos analizados cuestionan el autor-élite cultural y hacen emerger otras formas de creación de la obra de arte hecha por imágenes. El eje transformador que emerge de este último apartado nos remite tanto al contenido discursivo como a los entornos de producción cultural en los que los participantes generan una comunidad temporalmente autónoma –TAZ en las palabras de Hakim Bey– asentada sobre dinámicas horizontales e igualitarias.

El enorme esfuerzo por parte de los coordinadores por contar con la participación de destacadas aportaciones provenientes de ámbitos geográficos como Europa, América Latina, Australia, Marruecos o Egipto se refleja en la obra que representa uno de los pocos ejemplos de posicionamiento crítico que permite comprender tanto a nivel teórico que analítico cómo y por qué el videoactivismo se sitúa como una de las prácticas que vertebran la acción política. La editorial Gedisa en colaboración con CIESPAL debe realizar un importante esfuerzo de distribución para que esta importante contribución científica circule ampliamente por los circuitos académicos en América Latina, históricamente rica en experiencias audiovisuales contrahegemónicas como es la producción deconolizadora del Tercer Cine latinoamericano, el documental indígena o los múltiples colectivos cinematográficos y de vídeo presente en toda la región.

Tommaso Gravante

CEIICH Universidad Nacional Autónoma de México